

Vértigo cotidiano

Por Minerva Flores Salinas

“Mi vida está infinitamente más allá de la conciencia
Que puedo tener de ella en un momento cualquiera.
La tarea del pensamiento filosófico... me parece que es la
de buscar
En qué condiciones puede producirse el surgimiento...
De la realidad que se disimula bajo estos datos truncados”
(G: Marcel: 1953, Lemystère de l'Être, 1, Prólogo)

Todos los días, durante un instante al menos, común sentirme dentro de una vorágine, de un caos, de un viaje rápido en el más veloz de los trenes bala. Los días están marcados por acontecimientos próximos: mañana hay examen, el próximo jueves es el cumpleaños de un amigo, ayer cené con mi padre, el próximo mes me caso, hoy no tuve un buen día, la semana próxima empiezo el libro que compré hace meses, pasado mañana se vence el recibo del teléfono... en cualquiera de estos acontecimientos estoy inmersa, más por necesidad que por voluntad propia.

Cada día hay que cumplir con los deberes, deambular por la calle como esta gran masa de gente que se atropella a la menor provocación, que te hace partícipe de su plática, misma que unida a la de todos los demás termina por convertirse en un insoportable murmullo. Nadie mira a nadie, todos chocan contra todos, unos llevan sus paquetes consigo (muestra evidente de que hoy la sesión de compras terminó), otros



van llegando presurosos, agitados, van contando los últimos acontecimientos a sus esposas que fruncen el ceño ante los precios del escaparate al tiempo que olvidan la posibilidad de comprar.

Otros riñen con sus hijos, los amenazan de que “si van a empezar a llorar no los vuelven a traer”. Yo miro a todos desde un segundo piso, sigo con la mirada el recorrido de las escaleras eléctricas, unas que arriban y otras que descienden; tal es su tarea interminable, así como también llevar consigo, durante su recorrido, a un mar de gente.

Delante de mí, más escaparates, empleadas afanadas con sonrisas falsas, con amabilidad forzada, con exasperación en la mirada, con la boca contraída por el cansancio, o tal vez por el aburrimiento, pero siempre de pie, a pesar de sus estilizadas y altas zapatillas, esperando en el umbral del local, como quien espera en el umbral de la puerta de su casa a una visita inoportuna. Interminable desfile de parejas “esnob” que se antojan desenfadadas y felices, despreocupadas porque afuera está lloviendo y que no notan que el tragaluz se está llenando de gotitas que poco a poco contribuyen a formar pequeños ríos que obedecen con prisa la ley de la inercia, es la misma ley que seguimos todos nosotros sin darnos cuenta.

Decido de pronto que ya es tarde, comienza la noche y hay que hacer el recorrido de regreso a casa, afuera, el río de gente se apresura a buscar taxi o camión que lleve su rumbo; algunos van callados, pensando quizá en lo cansados que están, otros hablan, para variar, de lo que sucedió este día, de que hace mucho frío o de que hace mucho calor, de que la lluvia es muy romántica o de que es horrorosa porque estropea el peinado y también el maquillaje...

Todos cargan sus compras, van felices por lo adquirido; que si fue una ganga o que si les salió carísimo pero que bien vale la pena darse de vez en cuando un gusto así.

También yo cargo mis compras, pienso si habré gastado de más, me pregunto por qué no estoy contenta como todos



ellos, ¿qué será en el fondo lo que mueve a toda esta gente? ¿Qué será realmente lo que me mueve a mí? Quizá ni ellos ni yo lo sabemos, y sin embargo hacemos todos los días lo ordinario, vamos al trabajo, vamos a la escuela, hacemos las compras, tenemos prisa... y aún así, cuesta trabajo creer que la vida se reduce a ser tan sólo una rutina... comienzo a sentir gran vacío que se esfuma por un instante cuando una de las personas que viaja delante de mí en el autobús me hace salir de mis pensamientos: se va quejando de su trabajo, hoy tuvo que llenar muchas facturas, y le duele la cabeza, tiene ganas de una cena caliente y está ansiosa por llegar a casa para ver el capítulo de su telenovela favorita —habla con tanta prisa y tan alto que es imposible no oírla— además, mañana hará todo lo posible por ir al salón de belleza para arreglarse el cabello, a ver si así se parece un poquito a la protagonista.

Su compañera de asiento y, aparentemente, también de conversación, sólo atina a esbozar una tímida sonrisa. Yo también sonrío, sin burla, sin sarcasmo ni ironía, me río con dejo de tristeza, ¿de veras será eso lo que puede hacer feliz a un hombre? ¿En eso consiste el premio perseguido durante toda una vida? Empiezo a creer que primero vamos tras la vida hilvanando sueños para luego convertirnos en empleados que miran el reloj para ir corriendo a casa y tranquilizarnos un poco durante el adormilamiento que produce la t.v., para meternos en la vida de un personaje ficticio que tiene cosas más interesantes que contar, que es más bella, más inteligente y mucho más asediada que yo, porque a ella le llueven galanes a los que todavía se da lujo de despreciar...

Lo que yo siento en estos momentos va más allá del sentimiento que provoca el no haber tenido un buen día, no es la pasajera idea pesimista de que hoy todo está mal, no es que sea reprobatorio ver la televisión, lo que sí es alarmante es que dejemos de vivir para ver cómo viven los demás, aunque esa vida sea inventada, de novela, cartón, kleenex y palomitas con mantequilla; no es tampoco la amargura la



que habla por mí es más bien que hoy, como otros días, se presenta mi existencia desnuda ante mí.

Esta experiencia se presenta a menudo en forma desagradable, trae consigo la sensación de ser un personaje anónimo, gris, que durante el día cumple con diversas funciones, algunas por necesidad o por gusto, otras por costumbre o por mera obligación, y al final de la jornada, cuando cuelgo en el closet el disfraz de estudiante, de ama de casa o de ciudadana feliz, me pongo de veras triste cuando

me pregunto: *¿qué hay de mí!*. Cualquiera que escuchara mis pensamientos diría que la vida parece un mero sufrimiento, que verla así, de esta manera, parecería enfermizo y, suponiendo que así fuera, el hecho de ser consciente del vacío que experimento ante mi existencia ¿no equivaldría de manera análoga a aceptar que adolezco de algo, de manera similar al paciente que se asume enfermo para no gritar “me estoy muriendo” sino para exclamar ¡quiero vivir!, ¿acaso la aceptación de la enfermedad no es ya el inicio de un proceso de sanación?

Recuerdo a Víctor Frankl, quien a este propósito puntualiza:

*El sufrimiento no es siempre un fenómeno patológico, más que un síntoma neurótico, el sufrimiento puede muy bien ser un logro humano, sobre todo cuando nace de la frustración existencial!... La frustración existencial no es en sí misma ni patológica ni patógena. El interés del hombre, incluso su desesperación, por lo que la vida tenga de valiosa es una angustia espiritual, pero no es en modo alguno una enfermedad mental.*¹

Esta especie de crisis que ahora se vislumbra no supone nunca a un individuo pasivo, es decir, no significa que mi trabajo consista en asumirse descontenta y resignarme a

¹ Frankl, Víctor. *El Hombre en busca de sentido*. Herder, Barcelona, 198, p. 103.



vivir con ello, supone más bien un punto de partida para el inicio de logros que hasta este momento se han visto aplazados ante la inevitable excusa de que “lo primero es la obligación”; si existe tal obligación debe ser siempre y ante todo, una obligación conmigo misma, que no es una fase de egoísmo, sino un rescate de la individualidad, de esta manera se salva uno de los preceptos del existencialismo, cuya característica es, además, “que cada cual debe buscar... su verdad subjetiva, parcial y particular”.²

En este rescate de lo individual radica la mayor riqueza del existencialismo que pareciera supera al idealismo hegeliano o al Materialismo Mecanicista, o cuando menos esa ha sido su mayor aspiración, sin embargo, hoy en pleno siglo XXI nuestra sociedad contemporánea dicta otra cosa.

En esta sociedad tecnócrata, especialista y práctica debes vivir como los demás: viste como ellos, come como ellos, piensa como ellos, aspira a lo mismo que ellos y cuando sientas un poco de decepción de todo cuanto haces, enfráscate en un estado de embriaguez cualquiera: llámale tv., intriga o chisme, alcohol, domingo familiar, ir de compras, soñar con comprarte un auto que sabes que nunca poseerás y sentir angustia por ello; pero mientras, entretén tu atención mirando al vecino a la vez que criticas su vida y cuestionas sus actos, y siente que al menos por unos instantes has roto con la rutina de todos los días, al igual que el taxista que bebe los fines de semana para sentir que algo distinto y considerable ha ocurrido en su vida... o cuando menos para tener qué contar el próximo lunes que inicia la semana otra vez, y así parece cumplirse la profecía anunciada por Schopenhauer:

...La humanidad estaba condenada a bascular eternamente entre los dos extremos de la tensión y el aburrimiento... la progresiva automatización tendrá como consecuencia un gran aumento del tiempo de ocio para los obreros. Lo único

2 Fonian Jubero, Pedro. *Los existencialismos: claves para la comprensión*. Cíncel, Madrid, 1991, p. 24.



*malo de ello es que muchos quizá no sepan qué hacer con todo ese tiempo libre recién adquirido.*³

Parece clara la rula que trae consigo una vida despersonalizada, automatizada, de esa misma de la que Marcel insiste en remarcar que posee algo rescatable: "...considera de suma importancia recuperar la realidad individual de la persona negada por la sociedad industrial contemporánea que degrada al hombre al reducirlo a un simple haz de funciones sociales: la persona se agota en ser consumidor, ciudadano, funcionario público, padre de familia, etc."⁴

Que desolación provoca saber que la existencia humana no ha tenido mucho de dónde escoger porque ella misma se ha cerrado los caminos, cuánta riqueza sacrificada ante la elección de ser o tener, y si digo riqueza me refiero a la humana; todavía hoy, mientras caen las sombras de la noche y en el umbral de la puerta, me detengo a observar los faros de los coches que huyen directo a casa para seguir la rutina de mañana; todavía me detengo y pienso que quizá no haya muchas opciones, pero de esas pocas, quisiera reservarme al menos una para mí, porque si viviera todos los días de mi vida de esta manera, terminaría convirtiéndome en un animal.

Porque la vida es mucho más que un listado de obligaciones por cumplir, porque no puede ser un plan trazado por un Dios que tiene todo previsto, porque la vida no es una broma trazada por el destino, es mucho más, porque el hombre no está determinado ni ahora ni después, porque si la vida tuviera ya sus propuestas y sus soluciones, sus caminos terminados, y los individuos que la miran como espectadores fueran seres vacíos de inquietud y sólo esperaran el momento en el que esta vida terminaría como quien espera en el cine el fin de la función, si la vida fuera trazada y acabada, ¿qué caso tendría vivirla...?

3 Frankl, V. *El Hombre en busca...*, p. 106.

4 Fontan J., P. *Los existencialismos*, p. 118.

